de su muerte?... ¡Jesús! ¡Hombre divino! ¿dónde estás? ¿Cuál es la sepultura en que dormirás, si es que tus implacables enemigos te conceden sepultura?»

Así gime Simon Pedro, el discípulo cuyo error de un momento se complacen en citar los mortales para disculpar sus debilidades. Pero ¿dónde, dónde están los hombres que puedan como él borrar sus faltas con acciones sublimes, y como él ganar la corona del martirio?

CANTO VII.

El dia señalado para la muerte de Jesús comienza á alumbrar al mundo, y Elohá lo saluda con un himno de duelo.—Los sacerdotes conducen al Mesías ante Pilato.—Filon y Caifás le acusan de blasfemo y de rebelde.—Muerte de Judas.—Pilato, que ha llevado aparte á Jesús para interrogarle, vuelve con él, declarando que no le considera culpable, y que es menester remitirlo á Herodes.—Llega María y reconoce á su hijo.—Su amargura y sus lágrimas.—Implora la proteccion de Porcia.—La noble romana procura consolarla, y envia una esclava á decir á Pilato que no condene á Jesús.—Sueño de Porcia, en el cual Sócrates le hace conocer la naturaleza divina de Jesús.—Herodes exige del Mesías que obre algunos milagros en su presencia: el Mesías guarda silencio, y Herodes indignado, le escarnece y envia otra vez á Pilato.—La esclava de Porcia comunica el mensaje de su señora.—Pilato hace traer á un bandido célebre, llamado Barrabás, y lo presenta al pueblo con Jesús, para decidirle á dar libertad al Mesías.—Filon adivina las intenciones de Pilato, y arenga al pueblo, que, extraviado por su discurso, absuelve al facineroso.—Pilato se lava solemnemente las manos ante el pueblo.—Jesús es azotado y coronado de espinas.—Después de esta cruel ejecucion, Pilato pide otra vez gracia para Jesús; pero los sacerdotes le intimidan, reprochándole la deslealtad de defender al enemigo del César.—El pretor, espantado con esto, les entrega á Jesús, que es conducido al suplicio.

Rodeado de los celestiales custodios de la Tierra, y llevado por la más bella de las nubes matutinales, el divino Elohá se cierne sobre la Judea. Bajo sus poderosos dedos se estremecen las cuerdas de su arpa, como se estremecerán un dia los miembros de los resucitados, cuando sacudan de sus aéreas vestiduras los últimos átomos de las cenizas de la muerte; y á sus sublimes acordes une su voz este llamamiento de los Cielos:

«¡Despiértate, creacion de la eternidad! ¡Dia del sacrificio, rasga el velo del pasado y del porvenir! ¡deja el argentado lecho donde reposas muellemente en el seno de lo infinito!...

«¡Silencio! ¡El dia tan suspirado llega! su nombre es *Misericordia*, y con él lo saludan los oriones del Cielo; y los mundos y los soles y las estrellas, á pesar de su infinita pequeñez, reconocen en él un mensajero de sangre y de perdon, de venganza y de amor.

«¡Oh mi arpa divina! ¡une tu armonía á todas las voces del Universo que celebran este gran dia! Sus nacientes rayos, cayendo en el polvo, harán surgir de él espíritus angélicos, y al ocultarse en su Ocaso, el reposo y la felicidad eterna formarán su cortejo...

«Mis miradas se hunden hasta la Tierra, donde veo un monte fúnebre; y este monte es un altar, y el altar tiembla al acercarse la víctima. Ante semejante víctima el altar temblaria tambien, aun cuando para construirlo hubiera Jehová tomado estrellas del infinito, como los mortales toman piedras de los rios para edificar sus mezquinas viviendas.

«Por todas partes, en derredor mio, corren y flotan los mundos más jubilosamente en el Empíreo; las arpas del santuario de Dios resuenan por sí mismas; las coronas de los serafines se inclinan. La creacion entera se prosterna ante la realizacion de un pensamiento que el Eterno concibió, y que él solo puede abarcar en toda su inmensidad.»

Los Cielos repiten en triunfo el himno de Elohá; pero en la Tierra no encuentra eco este canto. En ella una turba de miserables, sedientos de sangre, se dispone á realizar la más negra de las maldades que engendró nunca el Infierno.

Caifás ha reunido á los sacerdotes y á los ancianos en una

estancia interior, y delibera con ellos sobre las medidas que deben tomarse para ejecutar al Mesías sin ofender á Pilato, y sin que el pueblo se subleve.

Cansado de las precauciones que el Consejo cree indispensables, Filon baja al patio en que Jesús, rodeado de guardias, esta sentado cerca de un fuego moribundo, y allí se pasea con la más viva agitacion. La dulce resignacion, la calma divina del Mesías excitan más fuertemente el ódio salvaje del fariseo. Jamás habia confiado nada al azar, y más de una vez habia sacrificado una venganza personal al temor de ver fracasar su elocuencia y su crédito ante la versatilidad del pueblo. Pero en este momento se promete perecer antes que dejar á su víctima la menor probabilidad de salvacion. En vano quiere brotar en el fondo de su alma un débil sentimiento de humanidad: el fariseo lo ahoga con una blasfemia, y vuelve luego al Consejo.

—«¡Todavía estais deliberando! exclama con infernal sonrisa de sarcasmo. Ya empieza á rayar el dia: ¿quereis que al declinar viva aun el enemigo de Israel, á quien habeis condenado á expiar sus maldades sobre el Gólgota?»

Estas palabras bastan para terminar las irresoluciones de los sacerdotes y ancianos, y todos se levantan para seguir á Jesús, á quien la soldadesca conduce á casa de Pilato.

A cada paso aumenta la multitud, pues todo Jerusalem sabe ya el acontecimiento de la noche.

El Mesías sube las gradas del palacio de *Gabatha* (1): sus acusadores le siguen, y el resto del pueblo se agrupa en la plaza.

Advertido de la llegada de un acusado, Pilato se sienta en su tribunal. Este romano, degenerado, pero bastante

(1) Nombre del palacio del pretor romano que gobernaba la Judea.

prudente para afectar la exterioridad de las antiguas virtudes de su patria, se admira de ver á todos los jefes de Israel en el séquito de un culpable, cuyo traje anuncia una clase oscura.

—«Nobles padres de la Judea, les dice: ¿quién es ese hombre á quien os dignais seguir así? ¿Será una ilusion de mis ojos? ¡Hasta Caifás viene entre vosotros!»

El gran sacerdote se adelanta, y dice:

—«Los sacerdotes y ancianos de Israel se congratulan de que no los creas capaces de acusar á un inocente. El hombre que conducimos á tu presencia, es el mayor de los criminales que hayan comparecido ante tu tribunal, desde que gobiernas la Judea. Ha profanado el templo, quiere destruir nuestro culto, y seduce al pueblo con palabras mágicas y prestigios infernales. Más de cien veces ha merecido ya la muerte.»

—«Y ¿por qué, pregunta Pilato con sarcástica sonrisa; por qué no lo condenais segun vuestras leyes?»

Esta alusion al yugo que Roma ha impuesto al pueblo de Israel hiere el orgullo de Caifás; pero acostumbrado de mucho tiempo atrás á fingir y disimular, contesta con tono afectuoso y sumiso:

—«Tú quieres sin duda probar mi respeto hácia el César, pues sabes que la alta justicia que dispone de la vida de un culpable no nos pertenece ya, habiéndose reservado exclusivamente nuestros señores ese derecho. No murmuro; antes bien juro obediencia al gran Tiberio, el padre del pueblo, el Señor de Israel y de todo el mundo. Yo le seré fiel; hago sinceros votos por su gloria y por su felicidad; y si ódio á Jesús que está delante de tí, es porque es más enemigo vuestro que de nosotros. Con su elocuencia sediciosa atrae el pueblo á los desiertos, donde con ayuda de su negra mágia, alimenta sus cuerpos, mientras fascina sus espíritus, repitiéndoles que es el profeta anunciado por las Escrituras, y que es el rey de Israel. En virtud de estas culpables maquinaciones, el pueblo está dispuesto á sacudir la benéfica dominacion de Roma, para hacer de este temerario impostor su soberano y su Dios. Testigo has sido tú de su entrada triunfal en Jerusalem; tú mismo has oido el *hosanna* con que se le ha proclamado y acogido. Ante ese triunfo, no ya solo se ha estremecido la sagrada cumbre del Mória, sino que tambien se han conmovido los cimientos de este palacio, asiento del poder romano en la Judea.»

Pilato no contesta á esta exagerada acusacion sino con una sonrisa de lástima. Filon siente la necesidad de reparar la torpeza del gran sacerdote, y acercándose al Pretor, le dice:

—«Ilustre representante del César, tú castigarás al culpable, no porque le temas, sino por hacer justicia. ¿Qué podrias tú temer de Jesús? Demasiado perspicaz para no adivinar su ambicion en medio de su fingida humildad, sabes que este hombre, tan débil ahora que te se presenta cargado de hierros, es el más audaz y el más pérfido de los rebeldes. Apenas habia inducido al pueblo por medio de sus falsos milagros á proclamarle rey, cuando huia de sus homenajes para darle una alta idea de su modestia, conociendo los obstáculos que se oponen á sus proyectos; porque no bastaria que expulsase de la Judea á los romanos, sino que habria de exterminarnos á todos. Sí, los sacerdotes y los ancianos de Israel derramarán hasta la última gota de sangre en defensa de Roma y en la tuya propia, ¡oh Pilato! No debes dudar de ello, pues conoces nuestra lealtad. Pero tú nos ahorrarás los peligros que nos amenazan, condenando á este supuesto rey, que jamás hubiera tenido el funesto

honor de turbar el reposo de Jerusalem, si no lo hubieras despreciado tanto tiempo como un enemigo indigno de tu cólera.»

El Hombre-Dios, entregado íntegramente al cumplimiento de su alta mision, guarda silencio, y no hace caso ninguno de los míseros mortales que se agitan á su alrededor. No de otro modo el héroe que quiere librar á su patria de las hordas conquistadoras que la han invadido, marcha al combate sin ver el polvo que se arremolina á sus piés.

Admirado de su digna tranquilidad, Pilato le dirige la palabra.

—«¡Nada respondes á las inculpaciones que te hacen! ¿Temes por ventura defenderte ante una reunion tan numerosa? Ven, quiero interrogarte á solas, y espero que me contestes.»

Dice, y se levanta, saliendo del pretorio. El Mesías le sigue.

La incertidumbre, con paso vacilante, semblante pálido y mirada inquieta, se desliza en medio de los sacerdotes y ancianos. Un temblor involuntario los sobrecoje, y quedan mudos é inmóviles, entregándose á las más alarmantes conjeturas.

Espantado de la suerte que ha preparado á su maestro, Judas Iscariote procura abrirse paso por entre la multitud que llena todas las calles de Jerusalem. Quiere volver al palacio de Pilato; pero ¿con qué objeto? Él mismo lo ignora; y así se deja fácilmente desviar por las oleadas de gente, que lo empujan en todos sentidos.

Al llegar cerca del templo, se precipita en él fuera de sí. No es el arrepentimiento, es la desesperacion lo que ha reemplazado en su corazon al furor del crímen.

Apenas pasa el sombrío pórtico, cuando vislumbra bajo

las sagradas bóvedas á los sacerdotes encargados por Caifás de velar en estos momentos de turbacion por la seguridad del santuário.

A su vista, el semblante del traidor se pone lívido, sus dientes se chocan, todo su cuerpo se estremece y tiembla; y arrojando con rabia la suma que habia recibido por precio de su traicion, exclama:

—«Ahí teneis vuestro infernal dinero. El hombre que os he entregado es inocente, y es el más grande y divino de los profetas. ¡Su sangre clama venganza, y el anatema del Infierno pesa ya sobre mi cabeza!»

Dice, y huye lejos del templo y de Jerusalem. El aspecto de un semblante humano lo espanta, y su frenesí lo empuja hácia el mismo lugar en que el espíritu de las tinieblas lo extravió por medio de un sueño pérfido.

Allí se detiene. Ningun ser viviente se mueve en torno suyo; ningun sonido, ni el más leve rumor hiere su oido... todo es soledad, silencio todo. En vez de la calma que esperaba encontrar en aquel aislamiento, sus angustias son cada vez más desgarradoras; y en esta disposicion de ánimo gime y se habla á sí mismo.

—«¡Muere, miserable! ¡tus tormentos acabarán con tu vida!... El Dios de Moisés ha dicho: *¡No matarás!*... ¿Qué me importa el Dios de Moisés? yo no le conozco ya. La desesperacion: hé aquí el Dios del traidor: él me ordena morir. ¡Muere, pues, cobarde! ¡Tiemblas! El amor de la vida se despierta en tí: quieres vivir, ¡tú, vil asesino! ¡vivir, cuando un sepulcro cavado con tus manos te rodea por todas partes!... Y tú, alma mia, que osas rebelarte, ¡tú te crees inmortal! No, no esperes vivir después de mi muerte para perpetuar mis sufrimientos: tú perecerás conmigo; un nuevo crímen te va á hundir en la nada.»

Ithuriel, su ángel protector, y Obbadon, el ángel de la muerte, han seguido á Judas y le observan en silencio. Afligido por la perdicion cierta del infeliz mortal confiado á su guarda, Ithuriel suspira profundamente.

—«Yo te lo abandono, dice al sombrío Obbadon; es necesario, conozco la suerte que le espera. He querido verle por la última vez; porque le amaba y le amo aun, y sin embargo te lo abandono... El Eterno lo quiere así. Cumple sus inmutables decretos, tú, el terrible agente de su cólera. El Eterno te llama cuando castiga: mi mision es bendecir y proteger, y esta concluye cuando tú apareces.»

Dice, y huye velándose el semblante.

Obbadon fija en Iscariote miradas amenazadoras, y le dirige estas palabras terribles:

—«¡Caiga sobre tu cabeza la sangre que vas á derramar! ¡Hombre de tierra, vas á extinguir tu sol! La muerte y la vida estaban ante tí; tú has elegido. ¡Extínguete brillante sol de la vida! ¡Llegad, terrores de la agonía! ¡Sepulcro tenebroso y frio, ábrete! ¡Destruccion, recibe al suicida! ¡Que su sangre caiga sobre él mismo!»

Judas oye la voz del inmortal, y en su delirio cree reconocer los acentos del Mesías muerto en la cruz.

—«¿Pides mi sangre? ¡Tómala; héla aquí!»

Y con la mirada fija, el pecho jadeante, los cabellos erizados y los lábios contraidos por una sonrisa satánica, aprieta el nudo fatal que ya rodea su cuello..... (1) El aire falta á su pecho.....

El ángel de la muerte retrocede horrorizado. El corazon

(1) Existen muchas tradiciones sobre el género del suicidio de Judas. Segun unas, él mismo se desgarró las entrañas; segun otras, se colgó de un sahuco. En virtud de esta última tradicion sin duda, los Youatz, habitantes de los altos Karpatos (montañas de Hungría), miran el sahuco como un árbol maldito, una de cuyas ramas puede llevar la desgracia á un pueblo entero. Klopstock no admite ninguna de estas versiones: Judas, segun él, no se cuelga, ni se desgarra las entrañas; se estrangula. Esta innoble y dolorosa muerte le parece más en armonía con el crimen del traidor.

de Judas se rompe, cesa de latir, y su alma desesparada se agarra más fuertemente al cuerpo que le servia de morada.

Obbadon la obliga con un gesto á abandonar la frente del moribundo. El principio de la vida se separa del cadáver, y es ya solo un ser ligero, débil, imperfecto; halla otra vez la facultad de pensar y de sentir, pero no es ya accesible más que al dolor.

—¿Quién soy? exclama. ¡Judas acaba de morir, y Judas vive otra vez! Mis horribles despojos están todavía ahí, frios é inanimados!... ¡Mis formas nuevas son vagas, tenebrosas, siniestras como mis sensaciones!... ¿Soy el hijo de la noche ó del caos?... ¿Qué sombra terrible es la que veo sobre ese monte? Brilla con un resplandor espantoso. ¡Maldicion sobre tí, Judas Iscariote, maldicion! ¡Es el Juez del Universo! ¡Huye, huye desgraciado! ¡huye á las entrañas de la Tierra!»

Obbadon, todavía en pié sobre el monte, le grita con voz terrible:

—«Yo no soy tu juez; soy el más implacable de sus mensajeros... soy el ángel exterminador. Hé aquí tu sentencia sobre la Tierra; otra más tremenda te espera allá arriba. Tú has vendido al Hombre-Dios; tú te has rebelado contra el que tiene en una mano la balanza y en otra la muerte; tú acabas de quitarte la vida que él te habia dado. Los tormentos reservados á los traidores son inconmensurables. Sígueme al pié de la cruz: es necesario que veas la mansion de la ventura eterna, y que caigas después precipitado por mí á los profundos abismos.»

Dice; y el alma temblorosa de Judas se oscurece; una densa nube negra la envuelve, la arrebata y arrastra detrás del angel exterminador.

¡Pronta y terrible es la justicia del Eterno!...

Ya está borrado Judas de la lista de los vivos, y Pilato interroga aun al Mesías en la estancia á que se ha retirado con él. Más convencido que nunca de que los padres de Israel quieren sacrificar á su oido personal un hombre tan virtuoso como pacífico, procura persuadirle con benevolencia á rechazar las inculpaciones que le hacen.

—«Contesta sin rodeos, le dice: ¿eres rey de Judea?»

Jesús contesta con majestad y dulzura:

—«Si yo fuera un rey de este mundo, un rey como todos esos que los romanos han sometido á su imperio, tendria un pueblo y ejércitos para defender mis derechos. No, yo no soy un rey de este mundo.»

—«Te llamas rey, sin embargo.»

—«Lo soy en efecto. He descendido á la Tierra para traer á ella la verdad. El que se consagra á esta verdad santa, hija del Cielo, ese me comprende.»

—«¿Y qué es la verdad?» pregunta Pilato.

Y con la sonrisa de un hombre de mundo, que por evitar una discusion superior á sus alcances, finge desdeñarla, hace una indicacion á Jesús para que le siga, y vuelve con él al pretorio.

—«He interrogado á este hombre, dice á los sacerdotes, y en mi sentir no ha hecho nada que merezca la pena de muerte. Decís que ha sublevado el pueblo de Galilea. Pues bien, la Galilea está bajo las órdenes de Herodes, y voy á enviarle el acusado, pues á él corresponde juzgarle.

Dice, y los soldados se disponen á conducir al Mesías al palacio del príncipe.

En este momento, María pugna por hender la multitud. Agitada por funestos presentimientos, ha pasado la noche llorando, y con los primeros albores del crepúsculo, llega á Jerusalem buscando á su amado hijo. El tumulto que reina en todas las calles de Jerusalem la asombra, y el movimiento de la misma multitud la empuja al palacio de los romanos.

Esta madre infortunada dista mucho de sospechar la causa de la agitacion del pueblo; y sin embargo, está inquieta y oprimida. De pronto descubre á Lebbeo, que no lejos de ella se apoya en una columna. Este encuentro la tranquiliza: se adelanta hácia el discípulo; pero este desaparece.

—«¿Por qué huye de mí?» se pregunta María.

Y la espada de dolor, que en tal instante debia hacerle sufrir todas las torturas de una larga vida de miserias, traspasa su corazon: acaba de ver á su hijo en pié ante el tribunal del Pretor.

Una palidez mortal tiñe el semblante de María; sus ojos quedan inmóviles, sus facciones se alteran, sus rodillas tiemblan.

Su ángel de guarda comprende su afliccion, y se cubre con un velo de luto.

El mismo dolor reanima á la madre de Jesús, la cual recobra la facultad de ver y oir. Por segunda vez sus ojos se fijan en el acusado, en el juez y en los sacerdotes acusadores. Los gritos del pueblo, que pide con furor la muerte del hombre que algunos dias antes habia proclamado por su rey, hieren los oidos de la desgraciada madre, que en vano busca en torno de sí una mirada de compasion, un rostro en que pueda leer que Jesús no esta perdido todavía. Abandonada de los hombres, su alma se eleva al Cielo.

—«Tú, dice; tú, que me enviaste el más bello de los

ángeles para anunciarme el hijo que me destinabas; tú, que en el valle de Bethlem me inundaste de alegrías maternales; tú, que oiste propicio á la madre de Samuel, cuando regó con sus piadosas lágrimas las gradas de tu altar; no desoigas mi voz, Señor, y ten misericordia de mí. ¿Me ahorraste los dolores del parto, solo para condenarme á tormentos mil veces más crueles? ¡Señor! ¡Señor! tú que das á los Cielos himnos eternos para celebrar tu gloria, y das á los mortales lágrimas ardientes para implorar tu gran misericordia, salva, salva á mi hijo; ¡sálvale por piedad!»

Así gime la madre del Mesías.

Y el Cielo es sordo á su plegaria, sin enviarle consuelo ni esperanza.

Extraviada por el dolor, María se refugia en una galería solitaria que conduce á los aposentos del Pretor, y lágrimas copiosas alivian en fin su opreso corazon.

—«¡Ay! exclama luego: ¡si este dorado palacio encerrara un alma generosa! ¡si en medio de este lujo y magnificencia pudiera encontrar un corazon de madre! ¡si Porcia fuera buena y compasiva como dicen!... ¡Serafines! vosotros que celebrásteis con vuestros celestiales cánticos al niño que acababa de nacer en un establo, haced que sea verdad lo que se dice de la mujer del Pretor.»

Una mujer aparece en el fondo de la galería: es Porcia. Está pálida; sus cabellos flotan en bucles sobre su gracioso seno, y á través de los vestidos que la cubren con esa elegancia imponente que caracteriza á las matronas romanas, se nota el ligero temblor que conmueve sus delicados miembros. Llena de inquieta agitacion avanza rápidamente; y viendo de pronto á María, se detiene con gran admiracion.

La belleza de la madre de Jesús brilla con ese esplendor divino que solo el dolor puede dar, y que impone amor y

respeto á todos los corazones generosos; porque les recuerda que, durante esta vida de un dia, solo el dolor es hijo del Cielo, pues la alegría, aun inocente y pura, es una ilusion.

La noble romana contempla á María con piadosa veneracion, y le dirige estas palabras:

—«¡Ah! dime quién eres. Jamás he visto tanta dignidad unida á tanta dulzura, ni he visto jamás en ojos mortales lágrimas tan simpáticas. Mucho sufres, mujer; pero tu dolor es tan divino, que apenas me atrevo á ofrecerte consuelo.»

María contesta:

—«Si la dulce piedad que rebosa en tus ojos y en tus lábios llena tambien tu corazon, llévame cerca de Porcia, pues á Porcia vengo buscando.»

—«En tu presencia está: yo soy Porcia.»

Una viva alegría reanima por un momento el triste semblante de María.

—«¡Ah! ¡eres tú! exclama. Desde que mis ojos te vieron, mi alma voló al encuentro de la tuya, sin más deseo que el de que la ilustre compañera de Pilato te se pareciera. ¡Oh Porcia! bien comprendes el dolor de una madre, aunque esta madre pertenezca á un pueblo que el tuyo aborrece y desprecia. Sábelo, pues, noble matrona: el hombre á quien Pilato acaba de interrogar, acusado de crímenes odiosos por calumniadores impíos, cuando su vida entera es una série de hechos sublimes, ese hombre es hijo mio.»

Una emocion más noble, más grande que el sentimiento de simple compasion, retiene á Porcia inmóvil y muda.

Al fin puede decir:

—«¡Dichosa mujer! ¡tú eres María, la madre de Jesús de Nazareth!»

Y levantando las manos al Cielo, añade con piadosa exaltacion:

—«¡Divinidades benéficas! Divinidades sin nombre, que habeis turbado mi reposo con un sueño solemne, benditas seais; pues vosotras sin duda habeis enviado cerca de mí á la madre del más grande de los hombres. No, no implores mi piedad, dichosa María; antes yo imploro la tuya: llévame cerca de tu noble hijo, para que su mirada disipe las tinieblas de mi razon, y su palabra me enseñe cómo he de adorar á los dioses.»

De estas dos piadosas mujeres, la una marcha ya por la via de la salvacion, mientras que la otra la busca con todo el ardor de un corazon lleno del amor divino. Estas secretas simpatías bastan para unirlas; pero aun no saben comprenderse.

—«Porcia, tú me amas, dice María mirando á la jóven romana con una expresion inefable de ternura y confianza. Sí, tú comprendes y aun compartes las angustias de la más desgraciada de las madres; mas para aliviar estas angustias, no implores á tus impotentes dioses. Si entra en los decretos del Eterno que mi hijo se salve, por tí, por tí sola puede salvarse. Tú sola puedes impedir que el Pretor se manche con la sangre del más justo de los hombres. Influye cerca de Pilato para que no se derrame esa sangre divina, que pesaria terriblemente sobre él cuando comparezca ante el Dios de los dioses.

Una sonrisa misteriosa y melancólica entreabre los lábios de Porcia, y embellece más aun todo su semblante.

La noble matrona se inclina hácia María, y con ese acento tímido que caracteriza las confidencias íntimas, le dice:

—«Voy á dejarte leer en mi corazon agitado por emociones nuevas para mí. Ante todo, tranquilízate, María; pues haré todo cuanto esté en mi poder para salvar á tu hijo, como lo hubiera hecho, aunque no hubieses venido tú á solicitarlo de mí. Un poder sobrenatural, superior á esos dioses cuyo auxilio has creido que imploraba, me ha enviado esta noche un sueño, que me ha llenado de santo terror. Sus visiones eran al principio misteriosas y dulces; después se hicieron espantosas... Me he despertado repentínamente, y me dirigia al Pretorio para defender al hombre que se me habia aparecido en sueños, cuando te encuentro á tí, que eres su madre.»

Y volviéndose á la esclava que la habia acompañado, le dice:

—«Vé cerca de Pilato, y dile de mi parte, que un sueño me ha revelado que Jesús es el más grande y virtuoso de los hombres, y que los dioses quieren que sea absuelto.»

Dice; y tomando del brazo á María, desciende con ella la escalera de mármol que conduce al jardin.

—«Ven, ven, le dice; en esta galería nos turba el tumulto y gritería de la multitud. Aquí, en medio del embalsamado silencio de las flores y bajo las risueñas alas de la aurora, que ya deja caer sus dulces lágrimas sobre la tierra que embellece, aquí quiero confiarte las maravillas de mi vision profética.»

Y en diciendo esto, calla y permanece abismada en sus misteriosos pensamientos.

Su ángel custodio, enviándole un sueño revestido de formas familiares á sus creencias, ha hecho vibrar en su corazon una fibra divina; y sin saberlo ella, el pensamiento de la noble romana se ha abierto á la luz del Cielo.

De repente, arrancándose á sus meditaciones, toma otra vez la palabra y dice:

—«¡He visto á Sócrates! ¡Ah! tú no conoces, María, á